

cuentado las mismas fuentes de reflexión trae inmediatamente la tentación de articular esos diversos discursos –los “originales”–, de confrontarlos, comparar sus categorías y observar no sólo el contexto de la manufactura de la obra, y no sólo su recepción, sino el ambiente intelectual y político en el que ésta se da. Aquí puede estar, y los editores parecen perfectamente conscientes de eso, una posible salida al laberinto del “autor” y un antídoto a la reducción de la historia intelectual a un mero estudio de obras de intelectuales, e inclusive de la propia historia personal de esos personajes. Esto no es una consideración crítica en torno de *México como problema* pues, como esta reseña trata de mostrar, el libro, una obra muy bien estructurada gracias al profesionalismo, inteligencia y seriedad de quienes en ella participan, tiene el gran mérito de ser una empresa altamente innovadora en su concepción, extremadamente útil e ilustradora, una invitación al debate y fuente segura de fructíferas discusiones.

Guillermo Palacios  
*El Colegio de México*

DELFINA E. LÓPEZ SARRELANGUE, *Coapa, la ciénaga de la culebra y las aguas dulces (1500-1968)*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2012, 364 pp. ISBN 978-607-414-321-8

La reciente publicación sobre el territorio de Coapa, al sureste de la ciudad de México, es obra de edición póstuma escrita por Delfina Esmeralda López Sarrelangue, publicada bajo la coordinación de Alicia Bazarte Martínez. En ella se detecta la doble habilidad asociada con los dos doctorados de la autora, uno en historia y otro en letras. El texto hilvana la información, aparentemente

inconexa, dispersa y heterogénea para, con las herramientas de la literatura, armar un relato fluido y claro, además de entrañable.

La destreza historiográfica se deja ver en una acuciosa investigación desempeñada, mayoritariamente, en los tiempos previos a internet. Cada documento, libro, mapa... tuvo que ser consultado en su repositorio original y registrado por medio de notas manuscritas, si bien lo anterior no desemboca en una indagatoria limitada o superficial: la bibliografía ocupa más de 20 páginas. Aquí podríamos cuestionar que las fuentes están intercaladas, es decir, las colecciones, fondos, documentos archivísticos están mezclados con entrevistas, libros antiguos y contemporáneos. Hubiera sido mucho más accesible para el lector una división con base en el tipo de material, que es de suyo diverso. Ahí aparecen referidos códices, mapas, pinturas, documentos archivísticos procedentes de acervos públicos y privados, crónicas, historiografía contemporánea, historia oral, con algunas entrevistas recabadas por López Sarrelangue, sumadas a sus vivencias personales como profesora en la región de estudio.

La investigación y redacción de los borradores, materia prima que tomó forma definitiva en manos de Alicia Bazarte, implicaron una labor de más de 50 años, posterior a la redacción de otros textos como *Una villa mexicana en el siglo XVIII* y *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*,<sup>1</sup> alternada con una intensa actividad docente que la profesora Delfina desempeñó entre la preparatoria 5 (en Coapa) y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, principalmente.<sup>2</sup>

El contenido es tan rico como las fuentes. Abarca temáticas que van de la lingüística (por la vía de la toponimia) hasta la política, de la geografía a la guerra y de la hidráulica a la economía o el arte.

<sup>1</sup> Ambos publicados por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>2</sup> Estos y otros datos pueden consultarse en la extensa síntesis curricular de la autora que aparece bajo el encabezado "Biografía".

Espacialmente se concentra en la región de Coapa, sus ciénagas y haciendas, ríos y pedregales, aunque establece conexiones con su entorno regional entre Chalco y el Ajusco, de Culhuacán al estado de Morelos, ampliada con una clara vinculación entre lo micro y lo macro, lo local con la historia nacional.

El marco temporal es mucho mayor al acotado en el título ya que, en estricto sentido, inicia con la erupción del volcán Xitle y, si bien termina con breves apuntes sobre el movimiento estudiantil de 1968, hay un anexo titulado “Palabras finales” cuya redacción estuvo a cargo de Luis Evereart Duvernard, cronista de Coyoacán. Ahí se hace referencia a los Juegos Olímpicos de 1968 y sus efectos en la transformación urbana de Coapa en los años subsecuentes.

Las temáticas corren en dos líneas entrelazadas; por una parte el paisaje y por otra los humanos y sus procesos sociales. Con respecto a lo primero, el agua es el protagonista principal y la simbología de Quetzalcóatl (la serpiente preciosa, la culebra) y Chalchiutlicue (deidad de las aguas dulces) permea a lo largo del relato. Es por eso que inicia con la erupción del Xitle y el bloqueo del desagüe natural de la cuenca central de México hacia las tierras más bajas de Cuautla y Cuernavaca, lo que ocasiona la formación de la ciénaga que le dio el nombre a Coapa (aunque también puede significar tierra de serpientes) y la zona lacustre Chalco-Xochimilco, de agua dulce. Estos territorios fueron “conocidos con el apelativo de chinampaneca” (p. 55). El mismo fenómeno volcánico da origen a los terrenos rocosos de Santa Úrsula y Carrasco.

El exceso de líquido en algunas partes contrasta con la escasez en la época de secas, principalmente en la región de los Pedregales. Hay humedales generadores de alimañas y enfermedades, pero no del agua requerida para el consumo humano, los cultivos o la cría de ganado. Los ríos, las acequias y los pantanos son puntos importantes en la interacción agua-hombre que deja huellas en su desviación, construcción o desecación.

El México prehispánico marca el inicio de la intervención humana y entonces adquiere un lugar preeminente la figura de Quetzalcóatl, quien en su versión de Ce Acatl Topiltzin tuvo un fuerte vínculo con el oriente de la cuenca de México. En el entorno se da, más tarde, la lucha y el dominio de los mexica contra los pueblos rivereños de la región lacustre (Chalco y Xochimilco). Se destaca la necesidad de separar las aguas dulces de las saladas contenidas en el lago de Texcoco, requisito satisfecho al menos parcialmente a partir de la construcción del albarradón que iba del Tepeyac a Iztapalapa, base del primer camino hacia Coyoacán, Iztapalapa y Tlalpan. Durante la época virreinal éste se convierte en el Camino Real de San Agustín de las Cuevas y después en la ruta del tranvía a Tlalpan con su ramal hacia Xochimilco.

Con la conquista, Coapa y sus alrededores se incorporan al Marquesado del Valle. Más tarde nacen las haciendas. Al menos dos órdenes religiosas (dominicos y jesuitas) llegan a tener posesiones en esta región. También hay clérigos seculares, militares, nobles y funcionarios públicos entre los propietarios coapenses. Estas unidades productivas entran con frecuencia en conflicto con los pueblos aledaños por tierras, aguas, mano de obra y demás “aprovechamientos” (la caza de patos o la captura de insectos, entre otros). Un ejemplo digno de señalarse, por extraño, es el de la india María Magdalena, quien logra adquirir tierras por composición con la corona, figura judicial que permitía legalizar terrenos considerados irregulares, y además conservarlas mediante litigio en contra de la voracidad de los hacendados.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX decaen las haciendas; además de la guerra, las causas están relacionadas con la falta de inversión pública en infraestructura en dos aspectos prioritarios: caminos y desagüe. Los enfrentamientos entre pueblos y terratenientes se prolongarán –con variantes– hasta el siglo XX; en esta centuria, serán sustituidos por la lucha entre pueblos por un lado, gobiernos y urbanizadores por otro, con el triunfo de la mancha

urbana; su máxima representación simbólica: el Coloso de Santa Úrsula o Estadio Azteca, acompañado por la total desecación de la zona, salvo algunas inundaciones en época de lluvias.

La política y la guerra forman parte del entramado. En Coapa y sus alrededores se reflejan las luchas por el poder desde al ascenso y el predominio mexica, la conquista, los estragos vividos por las poblaciones indígenas y su adaptación a las circunstancias emergentes. El dominio español trae como consecuencia una nueva división territorial, Coapa (antes dependiente de Coyoacán) queda sujeto a Xochimilco y las poblaciones aledañas adquieren nueva fisonomía y nomenclatura: San Agustín de las Cuevas, Santa Úrsula Toyco, después convertida en Santa Úrsula Coapa; Ohcolco, que pasa a ser llamado Huipulco. Se crean los pueblos de San Miguel y Santa Cruz Coapa, que desaparecerán durante el periodo virreinal.

Con la independencia cambian las autoridades y jurisdicciones; se considera que San Agustín de las Cuevas y Coyoacán (Coapa inclusive) se integren al Estado de México, aunque ya en 1824 forman parte del Distrito Federal. La invasión estadounidense de 1847 tuvo en Coapa y sus alrededores algunos campos de batalla con una brigada defensiva a cargo de Nicolás Bravo después de la derrota de Padierna, y hacia la frontera norte de la región con la defensa del convento de Churubusco a cargo del general Anaya. Más tarde habrá combates entre las fuerzas militares juaristas y las del imperio.

En el siglo XIX la región entra a la palestra literaria gracias a uno de sus hijos destacados: Luis Gonzaga Inclán. Nace en el rancho de Carrasco, Tlalpan, y pone al charro en papel protagónico en su obra *Astucia*, el jefe de los Hermanos de la Hoja.

Durante el porfiriato Coapa alcanza su máximo esplendor, principalmente las haciendas. Los ríos son desviados para beneficiar los cultivos, se trazan calzadas, se construyen edificios. La renovación técnica permite la creación de sistemas de bombeo más

eficientes para desaguar las ciénagas, pero requieren de edificios propios que darán el nombre a su respectiva calzada.

Sin embargo, como en muchas otras partes del país, Coapa está llena de contrastes. Desde la época de los virreyes las haciendas crecen a costa de los pueblos indígenas. La cercanía de la ciudad de México facilita unidades productivas con propietarios ausentes, ya que la mayoría prefiere vivir en la capital y usan los cascos de sus propiedades como sitios de recreo. López Sarrelangue aprovecha para hacer la descripción detallada de los inmuebles, habitaciones, obras de arte, mobiliario. Hace apuntes sobre la vida cotidiana y las costumbres de los ricos dueños, pero también de los labradores. Mucha de la mano de obra proviene de los pueblos aledaños, principalmente de Santa Úrsula. Son pocos los habitantes en estos campos, en ocasiones anegados, de uso agropecuario. Aparecen los empleados o medianeros con sus salarios, lugar de origen, conflictos o alianzas con los dueños.

A pesar de las divergencias, durante la llamada época colonial parece haber un sistema jurídico y corporativo que, sin ser del todo justo, permite una salida a quienes enfrentan los atropellos de los poderosos. Tema que cambiará, según la investigadora, a lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de las Leyes de Reforma. Los bienes de los pueblos y las comunidades se convierten en propiedad privada y los habitantes indígenas de la zona quedan completamente expuestos a la rapiña, entre otras cosas, por la corrupción de los funcionarios. A partir de la República Restaurada, pero sobre todo en el porfiriato, las compañías fraccionadoras tendrán grandes ventajas contra los dueños tradicionales de la tierra. Los almacenes, obrajes y fábricas aparecen en escena.

Alguna de las haciendas se fragmenta para dar origen a centros habitacionales o ranchos, mientras otras se unen para incrementar su productividad a costa del empobrecimiento de los habitantes del entorno y la agudización de los conflictos sociales que derivarán en la revolución mexicana.

No es casualidad que el zapatismo tuviera una fuerte presencia en Xochimilco, Tlalpan y Santa Úrsula, y que las haciendas redujeran dramáticamente su actividad por las incursiones de los rebeldes contra Porfirio Díaz, después frente a Madero y Carranza. Villa y Zapata tienen un accidentado banquete en la Escuela Municipal de Xochimilco, donde se reúnen para acordar su apoyo a la convención contra Venustiano Carranza.

El triunfo constitucionalista y los gobiernos posrevolucionarios tuvieron efectos en la región coapense. Después de una breve presencia zapatista en cargos públicos, se impuso la mano de Álvaro Obregón y, más tarde, la de Plutarco Elías Calles. Entonces, los cambios empiezan a ser vertiginosos: la virtual desaparición de las haciendas, el nacimiento de pequeños ranchos y establos ganaderos, el avance de la mancha urbana y, a mediados del siglo xx, la construcción de la Escuela Nacional Preparatoria plantel 5.

Sin duda este fue uno de los grandes detonadores de la transformación cultural y social de Coapa. La cantidad de espacio abierto permitió el desarrollo de actividades artísticas como el teatro –Héctor Azar participa en el proyecto– y deportivas (atletismo, fútbol...). Las necesidades de profesores y alumnos fomentan la entrada de transporte y el mejoramiento de las vialidades, aunque el avance de la clase media urbana no era paralelo a la disposición del gobierno para abrir espacios de acción para los jóvenes.

Con un breve trazo se hace referencia al movimiento estudiantil de 1968, casi como si fuera indispensable tratarlo, sin querer ahondar en él. No se sabe si le faltó tiempo a Delfina López para indagar sobre ese momento de la historia (enfermó y falleció antes de concluir su obra). Por otra parte, las fuentes archivísticas y aun hemerográficas al respecto estaban reservadas y su consulta se abrió a los investigadores muy a fines del siglo xx.

A lo largo del relato se perciben dos líneas generales con tendencias aparentemente opuestas. En un sentido, está el entrelazado complejo entre el relato y la descripción a manera de un cuadro,

una pintura, en proceso. Cada etapa, erupción volcánica, desviación de un río, construcción o destrucción de inmuebles, parece ser un trazo hacia la ilustración de la realidad presente de Coapa y sus alrededores. Paso a paso empiezan a distinguirse lo que actualmente son calles, barrios, colonias... Ohcolco que se convierte en Huipulco, el Pedregal que, por el nombre de un propietario, recibe el nombre de Carrasco, el pueblo de Santa Úrsula, la calzada y el tranvía, el camino de las Bombas o la colonial del Reloj.

En sentido opuesto, el trabajo está cargado de nostalgias. Paraísos que sucesivamente se pierden de la producción comunitaria a la hacienda y de ahí a la mancha urbana, la desecación de la ciénaga, la desaparición de la fauna endémica. La propia metodología de investigación parece ser una “especie” en extinción. Hacer un proyecto de 50 años de duración, con apuntes a mano, sin el uso de Internet, escasamente forma parte de la actividad académica actual. Por un lado por innecesaria, ya que el acceso a las fuentes, la reprografía, los documentos digitalizados facilitan las búsquedas y el manejo de los recursos. Paradójicamente, ahora el exceso de información es lo que puede entorpecer la administración de materiales. Sobre todo si se tocan temas tan diversos que requieren del manejo interdisciplinario tendiente hacia una perspectiva integral de los fenómenos sociales. Esta historia local, o microhistoria con visión integral, resulta doblemente complicada en los tiempos de la hiperespecialización. Queda, así, la obra de la doctora Delfina Esmeralda López Sarrelangue como uno de sus paraísos, si bien extrañamente conservado, vestigio de una forma de investigar y escribir historia característica del siglo que se fue.

María del Carmen Espinosa Valdivia  
*El Colegio de México*